

“Pero yo no sé todas las respuestas...”

Pastor Eddie Ildefonso

Nunca lo he visto perder un debate —formal o informal. De hecho, Gary es una de las personas más brillantes que he conocido. Recuerdo una de nuestras primeras conversaciones. Mientras tomábamos café, nuestra plática se dirigió gradualmente hacia el estado respetable e intelectual del ateísmo. Gary en ese entonces era un ateo declarado, y yo, un cristiano joven, ansioso pero intelectualmente comprometido. Si nuestra conversación se tornaba como un debate, entonces yo generalmente salía perdiendo.



Sin embargo, ahora, al mirar atrás, no me siento tan mal. En primer lugar, Gary y yo nos hemos convertido en muy buenos amigos. En segundo, he aprendido que ganar a alguien en un debate teológico no debe ser la meta, aunque una vez lo fuera para mí.

Cuando hace muchos años me embarqué en esas discusiones, siendo estudiante universitario, por todos lados proclamaba la verdad con los argumentos más “intelectuales” a mi disposición. Aunque “salía airoso” de algunos de esos debates, no ganaba muchos corazones. Las personas se marchaban murmurando entre dientes: “¡como tú digas!” Los apagué con mi trato autoritario y tosco.

Un diálogo fructífero involucra mucho más que las respuestas correctas o los elevados argumentos para probar la veracidad del evangelio —lección que apenas había empezado a aprender en mis días de universitario. Desde entonces, Dios me ha ayudado a ver la necesidad de la presencia de otros dos componentes cruciales en mis conversaciones sobre espiritualidad con las personas que no son creyentes: seguir la guía del Espíritu Santo y responder a los demás con verdad y gracia. He aprendido —a la manera dura— que cuando hablo la verdad sin ceder a la dirección de Dios o sin practicar la gracia, puedo provocar más daño que bien.

El sabelotodo

Uno de los versículos que había memorizado y que recordaba muy a menudo mientras obtenía mi grado en Filosofía es **1 Pedro 3:15**: “**Siempre preparados para presentar defensa ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros**”. Por años, trabajé bajo la idea errada de que estar “*preparado para presentar defensa*” me obligaba a abordar cada pregunta u objeción que atacaba el cristianismo. Si no podía ofrecer ninguna respuesta con prontitud en cuanto a los asuntos más complejos, sentía que decepcionaba a las personas (o peor aún, a Dios).

Con el tiempo, Dios me enseñó que había tergiversado el principio de ese pasaje llevándolo a una dimensión ajena a la intención de Pedro. Como resultado me formé una expectativa distorsionada y absurda de cómo responder a las preguntas. La exhortación

de Pedro obedece a que estamos para “**presentar defensa**” porque tenemos *esperanza en Cristo*. No está pidiendo que nos aseguremos intelectualmente antes de involucrarnos en conversaciones sobre asuntos espirituales.

Como seguidores de Cristo, tenemos la responsabilidad de pensar cuidadosamente las preguntas difíciles que confrontan nuestra fe. Pero si creemos que nuestra tarea consiste en responder a cada pregunta sobre el cristianismo, con toda probabilidad cometeremos uno de los dos siguientes errores: Evitaremos aquellas oportunidades encaminadas por Dios para que evangelicemos o dependeremos arrogantemente de nuestra destreza en cierto tema en lugar de depender del Espíritu Santo. Analicemos ambos errores.

Evitar. Cuando pienso que debo tener todas las respuestas, soy capaz de evitar situaciones difíciles o en las que me siento incómodo, incluso en aquellas conversaciones en las que Dios me llama a dar a conocer su luz. Cuando empecé mis estudios universitarios, sufrí del “factor de intimidación”. Fácilmente me paralizaba cuando conocía gente que consideraba más inteligente que yo. Esto me ocurría porque temía que me hicieran preguntas que no podría responder, por eso evitaba hablar sobre asuntos espirituales.

Esta tendencia se pronunció aún más después de mi discusión con Gary. Meses después, logramos conocernos más en nuestras clases. Cuando el tema de Dios inevitablemente surgía, me sentía vacilante, evasivo, y vago —ansioso de evitar una revancha en la que fracasaría una vez más en responder adecuadamente a sus preguntas. Algunas veces, incluso, intentaba dejar a Dios fuera de la conversación. Odiaba sentirme estúpido y odiaba la idea de no tener las respuestas.

En su gentil, pero firme trato, Dios me ayudó a entender que existía en mí un problema mucho más profundo: Lo que realmente odiaba era quedar mal. Me mostró que necesitaba relacionarme con Gary y compartir la realidad de mi vida, y no una imagen cuidadosamente fingida. Necesitaba desear honrar a Dios y amar a Gary más que a mi reputación, con ese necio afán de protegerme a mí mismo. Si no sabía la respuesta “correcta”, necesitaba decirlo.

Por la gracia de Dios, empecé a confrontar mi temor de hacer un mal papel y a compartir el evangelio con más frecuencia. Desafortunadamente, evitar estas conversaciones no era el único problema que enfrentaba cuando se trataba de evangelizar.

Arrogancia. Después de estudiar filosofía (y apologética) por un tiempo, decidí no ceder más a la tentación de evitar a las personas “brillantes”. De hecho, empecé a buscarlos, ansioso de hablar de Jesús con cualquier persona que estuviera dispuesta a escuchar. No obstante, no había cambiado, la naturaleza egocéntrica de mi pecado seguía activa. Sencillamente se había puesto una máscara diferente. Todavía dependía de mis propias habilidades. En lugar de sentirme atemorizado, dependía de mi propia fuerza más allá de lo que debía. En cierta forma, esto era peor porque aparentaba ser más espiritual. Aunque “testificaba” a muchas personas y respondía a sus preguntas, fallé en depender de la habilidad del Espíritu Santo para guiar aquellas conversaciones y ayudarme a

identificar los problemas reales con los que estaba tratando. Si hubiera sido más sensible al Espíritu Santo, creo que esa temporada hubiera sido más fructífera.

Guiado por el Espíritu

Pablo describe la importancia de depender del liderazgo del Espíritu en **1 Corintios 2.1–5**: **“Cuando fui a vosotros, hermanos, proclamándoos el testimonio de Dios, no fui con superioridad de palabra o de sabiduría, pues nada me propuse saber entre vosotros, excepto a Jesucristo, y este crucificado. Y estuve entre vosotros con debilidad, y con temor y mucho temblor. Y ni mi mensaje ni mi predicación fueron con palabras persuasivas de sabiduría, sino con demostración de Espíritu y de poder, para que vuestra fe no descansa en la sabiduría de los hombres, sino en el poder de Dios”**.

Cuando Pablo ministró a los corintios, él pudo haberles hablado con una teología sofisticada (como lo hizo en su carta a los Romanos) o con sagaces observaciones filosóficas o culturales (como ocurrió con los atenienses), pero no procedió así. Pablo no vino **“con superioridad de palabra o de sabiduría”**. En lugar de eso vino **“con demostración del Espíritu y de poder”** —el poder redentor de Dios a través de su trabajo. En otras palabras, el ministerio de Pablo a los corintios fluía a través de su relación con Dios y su percepción exacta de lo que Dios había hecho y continuaba haciendo en él por causa de la cruz. Pablo escogió relacionarse con los corintios con base en su relación con Dios y guiado por el Espíritu Santo. No intentó manipularlos en lo absoluto; permitió que el Espíritu y Sus obras en su vida fueran los que los convenciera.

También estoy aprendiendo a seguir la guía del Espíritu. Cuando estoy sensible a él, sé cuándo hablar y cuándo escuchar; sé cuándo ofrecer argumentos bien razonados y cuándo responder desde mi corazón y experiencia con Dios. De cualquier forma, es el Espíritu que maneja la agenda, no yo. Aunque Dios usa nuestro entrenamiento, talentos, áreas de especialización mientras hablamos con personas que no son creyentes acerca del reino de Dios, él no quiere que **dependamos de** estos recursos como si fueran lo que más importara. El Espíritu nos mostrará cuándo y cómo hablar la verdad en la vida de alguien. Tomás y yo hemos tenido numerosas conversaciones intelectuales acerca de Dios. Hemos abordado temas como la razón por la cual Dios permite la maldad en el mundo, si los argumentos de la existencia de Dios son apremiantes, y si es justo que Dios espere que todo el mundo acepte a Jesús y reciba vida eterna. Algunas veces, mis argumentos tienen sentido. Otras veces, soy incapaz de responder a sus objeciones en una forma que desafíe sus creencias —o en una manera que satisfaga mi necesidad de responder correctamente. Pero, incluso, cuando Gary ha permanecido escéptico ante mis creencias, he aprendido a seguir al Espíritu mientras me guía para describirle a Gary las formas en que he experimentado a Cristo en mi vida —no como un concepto intelectual aislado, sino como una persona con la cual cultivo una relación.

Eso nos ocurrió una vez durante nuestro segundo año juntos en la universidad. Estábamos estudiando para un examen sobre Platón y discutíamos lo que los eruditos llaman el dilema de Eutifrón —un problema que Sócrates formuló para todo aquel que

creía en Dios y en las normas morales absolutas. Gary creía que el dilema de Sócrates era convincente y opinaba que probaba que la creencia en Dios era lógicamente incoherente. No tenía ninguna respuesta para Gary. Mientras hablábamos, sin embargo, me di cuenta de que no importaba si ganaba o no la discusión. En ese momento, el Espíritu me animó a explicarle a mi amigo cómo caminar con Dios me ayudó a reflexionar sobre la moralidad. Le expuse por qué las normas de Dios de lo correcto e incorrecto no significaban para mí meras abstracciones metafóricas sino verdades escritas en mi corazón. Le compartí cómo intuía que mi motivación para actuar era la correcta y legítima y fluía de mi amor a Dios y mi confianza en que Su interés hacia mí es para lo mejor. Podía descansar en la convicción de que al final encontraría mi realización al seguir los caminos de Dios. Ese día no gané ningún argumento con Gary. Pero sí le descubrí una imagen de Dios y mi relación con él —nunca antes vista por él. Era una imagen que incluía no solamente la verdad de Dios, sino, también, revelaban su gracia.

Gracia y lazos

Un versículo que me ha ayudado a pensar sobre cómo integrar la gracia en mi conversación es **Colosenses 4:6**: **“Que vuestra conversación sea siempre con gracia, sazonada como con sal, para que sepáis cómo debéis responder a cada persona”**. Pablo nos exhorta a involucrarnos en conversaciones llenas de gracia *para que* estemos en posición de responder las preguntas de las personas. Esta actitud crea un ambiente propicio para una relación —de entendimiento mutuo, confianza, y la disposición de profundizar en las amistades.

Los lazos son cruciales para establecer relaciones con personas que no son creyentes. Estos hacen posible que las personas nos oigan, que escuchen nuestras preguntas y respuestas. Simplemente no sirve de mucho que ofrezcamos una respuesta a las preguntas de las personas si no están dispuestas a escucharnos. No obstante, en la medida en que uno se involucre en conversaciones llenas de gracia y sazonadas con sal, las personas estarán dispuestas a considerar lo que deseamos decir.

Jesús era un genio en establecer lazos. Su interacción con la mujer samaritana narrada en **Juan 4** es un excelente ejemplo. Él empezó con su petición de beber agua y fue capaz de tocar su alma. El Señor cambia la conversación del tema del agua de un pozo al de la sed espiritual para atender la desesperación relacional de esta mujer (evidenciada por los muchos matrimonios que había contraído). En medio de esto, Jesús habla sobre la verdad que da vida: **“el que beba del agua que yo le daré no tendrá sed jamás” (v. 13)**. Jesús demostró compasión al escuchar a una mujer extranjera y al ofrecerle el agua de vida eterna.

Nuestra compasión puede también fomentar los lazos. Demostramos compasión e interés sincero en la vida de los demás cuando los ayudamos a mudarse o a arreglar su automóvil, cuando los ayudamos con sus hijos o con su jardín, cuando estamos dispuestos a escuchar sus preguntas sobre algo en su vida que no entienden. La gracia abre la puerta para que irradiemos la luz de la verdad en los corazones de nuestros amigos en esos momentos. Sus oídos se abrirán atentos a lo que tenemos que decirles.

En mi relación con Gary, a través de los años, quizá, el testimonio más poderoso que le he podido compartir no son mis palabras sino la forma en que invertí tiempo para estar juntos. Hicimos más que tomar clases de filosofía juntos. Le enseñé a construir, él intentó enseñarme a *golpear*. Me encantaba pasarla con Gary, y él podía notar eso. Gradualmente, se abrió y me compartió sus pensamientos más íntimos.

Gary y yo nos conocíamos ya por un par de años cuando una crisis surgió en su vida. Estábamos en el parque un día cuando me dijo que su novia, Karen, estaba embarazada. Habían estado juntos por tres años y él quería casarse con ella, sin embargo, aún no se lo había propuesto. Ahora estaba embarazada y estaban considerando un aborto.

Después de su revelación inicial, dudó. Luego me confió: “Si la ayudo a tener un aborto, me sentiré como si le estuviera dando la espalda a Dios. ¿Cómo podría Dios aceptarme después de semejante hecho?” Me quedé estupefacto. A pesar de todas nuestras conversaciones espirituales acerca si era racional creer en Dios, en la parte más profunda de su corazón, Gary realmente tomaba a Dios en serio.

Ese día no nos metimos en el parque. En lugar de eso nos vimos envueltos en la más asombrosa conversación acerca de Dios y su gracia, acerca de su amor inexorable hacia Gary, y sobre cómo había movido cielo y tierra para invitar a Gary a una relación íntima con él. Unos meses más tarde, Gary y Karen se casaron. Pocos meses después, celebraron la llegada de un bebé.

Esa conversación en el parque fue un punto crucial en nuestra relación y en nuestras sucesivas conversaciones acerca de Dios. Gary y yo empezamos a leer las Escrituras juntos. Ahora, él expresa un poco más su creencia en Dios—incluso, defiende la existencia de Dios entre algunos de sus otros amigos escépticos.

Gary aún no ha escogido abrazar a Cristo. No obstante, me mantengo confiado en que Dios continuará usando la verdad, gracia y el poder del Espíritu Santo para, finalmente, acercar a mi amigo a una relación con él.

Por su propia cuenta

En dependencia y compasión

1. Describí cómo inicialmente optaba por no evangelizar porque pensaba que tenía que tener todas las respuestas. Más tarde enfrente el problema contrario: dependía más de mí habilidad a la hora de proclamar el evangelio. ¿Con cuáles de estos dos problemas usted se relaciona más y por qué?

2. Sea que tengamos temor o más confianza de la cuenta, el antídoto es el mismo: la dependencia en el liderazgo del Espíritu. ¿Qué resultado obtendría si le confiara al Espíritu el problema que describió en la pregunta anterior? (Por ejemplo, usted podría confesar que a menudo depende de sus habilidades apologéticas en lugar de pedir la ayuda de Dios en conversaciones con personas que no son creyentes.) Pídale a Dios que le dé una forma concreta de expresar su dependencia en el Espíritu Santo cuando evangeliza. Escriba sus impresiones.

3. La relación de Gary conmigo evolucionó del debate intelectual a una amistad marcada por la compasión y el servicio. Por un momento, piense en sus amigos que no son cristianos. ¿Cuáles de ellos enfrentan una necesidad o problema significativo en estos momentos?

4. ¿Cómo puede suplir la necesidad de su amigo u ofrecerle apoyo de una manera práctica?

5. A menudo cuando un amigo está luchando, estamos tentados a descargar nuestra sabiduría en un intento de resolver el problema. Algunas veces, sin embargo, lo que más se necesita es escuchar. Permita que su amigo que no es cristiano sepa que usted está dispuesto a escucharlo si él quiere hablar acerca de lo que está pasando.